

y que él acogió por su parte con igual cordialidad.

— ¡Pardiez! me dije al separarme, hé aquí una cosa singular: pareceme que es la primera vez que estrecho la mano de un hombre.

Y volví á tomar el camino de mi desván.

CAPÍTULO XIII.

EL SUICIDIO.

Desde el momento en que ya no me mataba, tenía que hacer muy diferentes cosas que si me hubiera muerto.

Por de pronto comer, cosa que hubiera sido inútil si hubiera persistido en mi proyecto.

Después comprar un traje completo de mandadero.

Luego, en fin, tenía que procurarme un *sujeto*, como se dice en términos de anfiteatro, para hacerlo pasar por mí.

Si no me mataba, quería al menos que se me creyera muerto.

Había estudiado un poco de medicina, y practicado la anatomía en dos ó tres hospitales.

Conocía á los mozos de anfiteatro.

El todo consistía en procurarse el cadáver de un joven de mi edad, acostarle en mi cama y desfigurarle de un tiro.

Pero aquí se presentaba un gran inconveniente.

El médico de los muertos notaría fácilmente que el tiro había sido disparado sobre un cadáver

Me fui al Hotel-Dieu.

Había en otro tiempo hecho un pequeño servicio á un

mozo, haciendo librar á su hermano de la quinta. Este hombre hubiera dado su vida por mí.

Su hermano era cochero de alquiler y también me profesaba profundo reconocimiento.

Hice llamar al mozo.

— Luis, le dije, ¿traen aquí algunos que se saltan la tapa de los sesos?

— ¡Diablo! Sr. Conrado, se puede contar con dos al mes.

— Oye, cueste lo que cueste, Luis, necesito el primero que entre en el Hotel-Dieu.

— Cueste lo que cueste lo tendréis, ó perderé mi plaza.

— Gracias, Luis.

— ¿Y dónde lo necesitáis?

— En mi casa, arrabal Poissonniere, núm. 77, cuarto 4º.

— Para eso me entenderé con mi hermano.

— ¿Puedo contar contigo, Luis?

— Cuando os digo, me replicó encogíendose de hombros. Sólo que no salgáis en llegando la noche.

— Desde hoy me quedo en casa, descuida.

La dificultad estaba en que mis treinta francos no me alcanzasen. Tal vez me muriera yo de hambre antes de que á un desgraciado se le ocurriera el suicidarse de un tiro.

Volviendo á mí, entré en casa de un prendero y hallé un pantalón, chaleco y chaqueta de terciopelo por quince francos.

— Los compré é hice de todo un paquete que me llevé debajo del brazo.

Unos zapatos de caza y una gorra vieja debían completar mi traje.

Quedaban quince francos: manejándolos bien podía aún vivir cinco ó seis días.

Por lo demás, todo estaba pronto para el momento decisivo; la carta que anunciaba mi muerte estaba escrita y firmada.

En la noche del tercero al cuarto día, oí la señal convenida, que era tirar una piedra á mi ventana: bajé y abrí la puerta.

Un fiacre estaba parado en la calle.

En el fiacre había un cadáver.

Luis y yo le transportamos á mi cuarto; le acostamos en mi cama y le pusimos una de mis camisas.

Era el cadáver de un joven. Su rostro estaba cruzado por tan horrible herida, que era imposible reconocer sus facciones.

La casualidad, ese terrible aliado, me había admirablemente servido.

Descargué uno de los cañones de mi pistola, encendí dentro de él alguna pólvora para que pareciese que había hecho fuego con él, y la coloqué en la mano del difunto.

Había tenido cuidado de decir en las pocas palabras que anunciaban mi muerte que la pistola pertenecía á Lepage.

Dejé mis vestidos sobre una silla como si hubiera tenido la precaución de desnudarme antes de suicidarme.

Lepage debía ayudar á hacer constar la identidad del cadáver, diciendo que Mr. Conrado de Valgeneuse había venido tres ó cuatro días antes á comprarle la pistola que en la mano tenía.

Luego, vestido con mi traje de mandadero, después de haber cerrado con dos vueltas, bajé con Luis.

Dejé caer la llave en medio de la calle, como si después de haber cerrado la hubiera arrojado por la ventana.

El vidrio roto por la piedra de Luis debía servir para completar este accidente.

Tenia llave de la puerta de la calle y salimos sin ser vistos ni oídos por el portero.

El siguiente día, á las nueve de la mañana, me presenté á la policía con mis dos fiadores, Luis y su hermano, y se me entregó una medalla de cobre, bajo el nombre de Salvador.

Desde este día, mi querido primo, ejerzo la profesión de mandadero en la esquina de la calle de Fers, cerca de la taberna de la Concha de Oro.

— Os felicito por ello, dijo Loredán, pero no veo en todo esto las noticias que debíais darme sobre el testamento del marqués, y con qué fondos pensáis devolver ó pagar los quinientos francos que inútilmente, á lo que veo, dimos á Mr. Jackal.

— Esperad, mi querido primo, continuó Salvador; ¡ qué diablo! de seguro no me creeréis tan loco que os entregue á discreción el secreto de mi existencia, si no estuviese seguro de que le habíais de guardar.

— Será entonces que contáis con hacerme guardar por vuestros hombres hasta el día del juicio final.

— ¡ Oh! señor conde, estáis de todo punto engañado, y no es así como yo lo comprendo. Mañana á las cinco de la tarde seréis libre.

— ¿ Y sabéis lo que he dicho á vuestros acólitos? que una hora después de haberme devuelto la libertad, seríais denunciados y presos.

— Y eso ha estado á punto de ser fatal para vos. Si no me hubiera encontrado en el umbral de la puerta, corríais gran riesgo de no haber denunciado ni mañana ni nunca á nadie, lo que por otra parte, mi querido primo, es un oficio bastante malo. Así que, de antemano os respondo que reflexionaréis, y que habiendo reflexionado, dejaréis tran-

quilo á este pobre Salvador en su esquina de la calle de Fers, á fin de que él os deje quieto á vos en vuestro palacio de la calle del Bac.

— ¿ Y se puede saber, puesto que parece que estáis decidido á hacerme hoy confidente vuestro, qué medio tenéis para turbarme en la posesión de ese palacio ?

— Voy á referiros eso : como es la cosa más interesante de mi narración, la he guardado para la última.

— Os escucho.

— ¡ Oh ! esta vez estoy seguro de vuestra atención. Comencemos por una moraleja : he observado siempre, primo mío, que el hacer bien traía buenos resultados.

— ¿ Querréis sin duda decir una vulgaridad ?

— Uno ú otro, como vos queráis. Ayer, mi querido primo, había tomado la resolución de hacer bien, pues que estaba resuelto á quitaros á Mina, lo que afortunadamente acabo de ejecutar.

Una sonrisa de implacable odio y de profunda venganza se dibujó en los labios de Mr. de Valgeneuse.

— Ahora bien, ayer, continuó Salvador, cuando iba á la posta á mandar preparar los caballos que en este momento se llevan á los dos amantes, pasé ante el edificio de Ventas públicas, calle de Jeuneurs, creo ; estaban descargando en el patio un carro de muebles para ser vendidos á pública subasta.

— ¿ Pero qué diablos me contáis, dijo Loredán, y qué interés tienen para mi esos muebles que estaban descargando ?

— Si hubierais tenido paciencia solamente un minuto, mi querido primo, no me hubierais dicho una cosa poco galante, y hasta hubierais sentido ya nacer algún interés.

— Continuad, pues, dijo Loredán cruzando negligente-mente una pierna sobre otra.

— Pues bien, uno de aquellos muebles me hizo lanzar un grito de sorpresa, ¿ adivináis lo que acababa de reconocer en medio de todo aquel baratillo ?

— ¿ Cómo diablos queréis que yo adivine ?

— Tenéis razón, es imposible. Pues bien, acababa de reconocer aquel pequeño mueble de palo de rosa que había pertenecido á mi padre y que éste quería tanto.

— ¡ Ah ! os felicito y veo ya el negocio. Habéis comprado por cincuenta francos ese mueble de palo de rosa, y hoy día adorna ya la sala del Sr. Salvador.

— Sesenta, mi querido primo, y vais á ver que los valia.

— ¿ Á causa de los recuerdos que despertaba ?

— Primero, y después por los papeles que contenía.

— ¡ Ah ! ¿ contenía papeles ?

— Sí, y muy preciosos.

— ¿ Y esos papeles habían sido conservados cuidadosamente por los diferentes dueños por cuyas manos había pasado el pequeño mueble ? En verdad, mi querido Salvador, que el cielo hace por vos milagros.

— Sí, señor, dijo gravemente Salvador, y doy por ello humildemente gracias al cielo.

Después, recobrando su tono ordinario, añadió :

— Aunque el milagro sea menos grande que lo que en un principio me pareció.

— Escucho.

— Ya lo veo.

— Me llevé el mueble á mi casa.

— ¿ Lo llevásteis ?

— ¿ Por qué no ? ¡ No soy mandadero ? dijo Salvador.

— Es verdad, dijo Loredán mordiendo los labios.

— Pues bien, una vez el mueble en mi casa, compren-

deréis que me entraría el deseo de registrarle. He abierto uno después de otro todos sus cajones, he hecho jugar todas sus cerraduras y he sondeado todos sus senos: hé aquí que entregado á este último trabajo, veo que el cajón del medio, el que servía de caja para el dinero, tiene doble fondo.

Los ojos de Loredán estaban fijos en Salvador como dos carbunclos.

— ¿No es verdad que es interesante? continuó Salvador; no quiero cansaros más: este doble fondo era un secreto, que adiviné y abrí.

— ¿Y qué contenía?

— Un papel, uno solo.

— Y ese papel era...

— El que tanto tiempo estamos buscando...

— ¡El testamento! exclamó Loredán.

— El testamento.

— ¡El testamento del marqués!

— El testamento del marqués, que deja á su ahijado Conrado todos sus bienes muebles é inmuebles, con condición de que tomará el título, nombre y armas del jefe de la familia de los Valgeneuse.

— ¡Imposible! exclamó Loredán.

— Hélo aquí, primo, dijo Salvador sacando un papel del pecho.

Loredán con un movimiento involuntario alargó vivamente la mano para cogerlo.

— ¡Oh! no, mi querido primo, dijo Salvador retirando el papel. Comprenderéis que esta acta debe permanecer siempre en manos de aquel á quien interesa, pero no rehusó el leerla: al contrario.

Y Salvador comenzó:

« Esta es una copia doble de mi testamento autógrafo, cuya segunda copia será depositada en manos de Mr. Pedro Nicolás Baratteau, notario, calle de Varennes, en París: ambas copias están escritas de mi puño y letra y tienen el valor de original.

» Á 11 de Julio de 1821.

» Firmado: MARQUÉS DE VALGENEUSE. »

— ¿Queréis que os lea el resto? preguntó Salvador.

— No, es inútil, dijo Loredán.

— ¡Oh! el resto lo conocéis, ¿no es verdad, primo? Sólo, sólo por curiosidad quisiera saber cuánto habéis pagado á Mr. Baratteau por este documento.

— ¡Caballero! exclamó el conde levantándose con aire amenazador.

— Vuelvo á lo que os decía, primo mío, dijo Salvador como si no hubiera observado el movimiento de Mr. de Valgeneuse, de que el hacer bien produce bien, así como el hacer mal produce mal.

— ¡Caballero! repitió Loredán.

— Porque, en fin, replicó con la misma tranquilidad Salvador, si no hubierais hecho mal, robando á Mina, no me hubiera ocurrido la idea de hacer bien, salvándola; no hubiera pues necesitado caballos de posta, ni hubiera pasado por la calle de los Jeuneurs, ni hubiese reconocido ese mueble, ni le hubiera comprado, ni hubiera descubierto el secreto, ni hubiera encontrado el testamento que me permite ahora deciros: Mi querido primo, estáis enteramente en libertad, sólo que os prevengo que al primer motivo de queja que tenga contra vos, hago valer mi testamento, es decir, que os arruino por completo á vos, á

vuestro padre y á vuestra hermana, en tanto que si dejáis tranquilos á esos pobres muchachos á quienes protejo que continúen su viaje al extranjero, acaso, acaso entre en mi cálculo el ser mandadero aun uno, dos ó tres años, y ya comprendéis que mientras sea mandadero no necesito las doscientas mil libras de renta, puesto que gano cinco ó seis francos por día. La paz, pues, ó la guerra: elegid, primo. Os propongo la primera, pero no rehuyo la segunda.

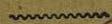
Con esta condición sois libre, mi querido primo. Sólo que yo en vuestro lugar aceptaría la hospitalidad que me ofrecen y pasaría aquí la noche.

La noche es muy buena consejera.

Y al dar este buen consejo, Salvador dejó á su primo Loredán y salió dejando la puerta entreabierta y llevándose á Juan Taureau y á Toussaint, á fin de que Mr. Valgeneuse viese que tenía libertad completa de irse ó quedarse.

FIN DEL LIBRO VIGÉSIMO.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.



CAPÍTULO PRIMERO.

EN QUE EL AUTOR PIDE PERDÓN AL LECTOR POR OBLIGARLE Á HACER CONOCIMIENTO CON UN NUEVO PERSONAJE.

Dejemos á Loredán de Valgeneuse aturrido todavía con lo que le acaba de revelar su primo en la cabaña de Châtillon, cuya puerta entreabierta, así como la ausencia de sus guardianes, le permiten salir fácilmente, y veamos lo que pasaba en la calle de Ulm, núm. 10, algunos días después de los acontecimientos que acabamos de referir.

Por poca atención con que hayan seguido los lectores las múltiples escenas de este drama, y por poca memoria que tengan, recordarán sin duda que la bruja de la calle Triperet la había abandonado para ir á habitar el cuarto descubierto, amueblado y decorado por Petrus en la calle de Ulm, núm. 10.

Recordarán también que con la Brocante, la habían desocupado también para seguirla á su nueva habitación Rose de Noel, Babolin, la corneja y los diez ó doce perros.